

Benicio: un amor perro¹

***Adriana Rocca
Maximiliano Antonietti***

Benicio tiene dieciséis años y es derivado a un Centro de Adicciones por la Escuela Técnica a la que concurre desde marzo de aquél año. Hasta el año anterior, había concurrido a otra escuela de la ciudad, de la cual se cambió por haber repetido su octavo año y porque su familia se mudó de barrio.

De la admisión, surgen algunos datos respecto del motivo de derivación: fuma marihuana y toma alcohol desde los trece años, en especial, pero no solamente, los fines de semana. Unos meses atrás, luego de haber ingerido whisky en demasía, tuvo un pre-coma alcohólico. Probó pastillas (psicofármacos), jaló poxiran y fortex, e inhaló nafta hasta quedar "inconsciente total". Dice que estas sustancias lo "inmovilizaron". En más de una oportunidad, robó bicicletas.

Benicio dice que, desde hace tiempo, él quería hablar con un psicólogo: "tengo como ataques, me descontrolo, me descargo contra algo, golpeo cosas". Cuando está solo en su casa, tranquilo, de un momento para otro, le dan ganas de golpear. Si no está solo, cuando escucha música con el volumen alto, también le pasa. "Cada vez, me libero con más facilidad", "cada vez, me irrito con más facilidad". "Ahora también me salen gestos en la cara, de los que yo no me doy cuenta. Y tengo algunas molestias".

Del consumo de marihuana puede decir que al principio era una motivación para robar y, después, le servía para descansar de la "rutina del día".

De los robos, dirá que los hacía para ser "más individual", para no tener que depender de nadie. "Empecé a robar bicicletas a chicos; primero se las pedía y después les pegaba y se las robaba. Después robé casas; me dejaba más dinero."

Su familia está compuesta por sus padres y dos hermanos mayores. Su madre tiene un taller de costura y su padre trabaja en un laboratorio. Los padres de Benicio refieren que, desde chico, siempre lo vieron raro; que tenía conductas raras, se aislaba y, aunque fuera pleno invierno, se metía dentro de un barril lleno de agua.

A los pocos meses de iniciadas las entrevistas, Benicio empieza a trabajar en el taller mecánico de un tío para tener su dinero y, así, poder comprarse una moto.

Confirmando el diagnóstico

Benicio habla muy poco. Mantiene una actitud distante, aunque correcta, y se muestra hipo afectivo. Relata que la relación con su padre ha cambiado desde los doce o trece años, y que él también ha cambiado: "antes era más bueno y ahora soy más malo y agresivo". Le irritan varias cosas de las que puede decir muy poco: "aparece un cambio de ánimo repentino y extraño" y, cuando está acompañado por alguien, le pasa también, pero dice que se lo guarda. En un intento de elaboración de todo esto, piensa: "alguna vez, algo me irritó"; y comenzó más leve; ahora es cada vez con más agresividad y cada vez, más inconsciente. Pone

¹ Trabajo presentado en Jornadas Clínicas del Centro Provincial de Adicciones La Plata, Subsecretaría Provincial de Adicciones, Ministerio de Salud de la Pcia. de Buenos Aires, 14 de diciembre 2003.

música en su habitación y, entonces, le pega a la pared, a la cama: “pego y me duele la mano, los nudillos, hasta que no la siento”.

“Hace dos años me pasaba que era muy paranoico, pensé que me filmaban y que todo era como actuado”. Durante varias entrevistas habla de estos ataques, cree, que debe tener un odio adentro. "Conmigo, con otro; pienso que la gente es estúpida, o por cosas que hacen o por la forma de pensar. Hay personas que son tan estúpidas que las puedo manipular, por poderío.”

Coyuntura de desestabilización

En abril, Benicio siente que es una bomba que va a estallar. Se indica una interconsulta psiquiátrica y, a partir de aquél momento, inicia también tratamiento psicofarmacológico. Es, por ese entonces, cuando nace un sobrino, hijo de uno de sus dos hermanos, que vive también en su casa. Los ataques son más seguidos, escucha voces que lo llaman: “es la voz de mi hermano, me produce inquietud; esto me pasa en la calle, cuando voy caminando solo”.

Roba nuevamente y es detenido por la policía. Relata que, antes de este incidente, varios muchachos lo rodearon en una esquina y le robaron un bolso. Prefirió no decir todo esto en la declaración y, luego, por venganza, él le robo a un chico la bicicleta.

También se suscitan problemas en la escuela: le comunican a los padres que Benicio va a quedar libre por faltas, o fuera de la escuela por amonestaciones. Acto seguido, les dan cuarenta y ocho horas para que lo cambien de colegio. En una comunicación telefónica con la escuela, nos informan que las amonestaciones se debieron a que Benicio habría robado una goma de borrar, y que, además, no participaba del trabajo grupal. Las inasistencias a la escuela se deben al hecho de no haber avisado que concurre al tratamiento. A partir de nuestra intervención y una reunión que mantuvieron sus padres con el director de la escuela, Benicio pudo continuar, y obtiene una beca para sus estudios.

"Es como si fuera dos personas: cuando tengo esos ataques, me cambia la forma de pensar y tiendo a la agresividad. Por pequeños errores, maldigo a las personas, a todas, es como si fuera otro yo, como que tengo otro adentro que quisiera salir siempre y yo, consciente, no lo dejo". La agresividad está en los pensamientos: son insultos groseros.

Unos meses más tarde, en septiembre, protagoniza otro episodio por el cual termina en la comisaría: "estaba mirando una moto y se me cayó encima, vino el dueño y me denunció". A partir de esto, dirá que cuando él nació fue el peor momento de su familia. "Mis primos me miraban y se burlaban cuando cagaba, y se reían. Mis primos me decían "puto". De eso viene ese odio. Nunca pensaron que yo con eso pudiese ser un asesino.”

Se encuentra nuevamente desestabilizado a pesar de la medicación que recibe, con mucha violencia contenida y con mucho riesgo de pasaje al acto.

Nos comunicamos con su madre para indicarle que si durante el fin de semana continúa así, concurra a la guardia de salud mental. A la siguiente entrevista, esta vez conjunta con la psiquiatra y con su madre, ella menciona que sintió que su hijo la iba a tirar por la escalera.

Del tratamiento

En una oportunidad, Benicio le presta su reloj a un amigo, al cual se lo roban en el baño de la escuela. Al día siguiente, Benicio observa ciertos gestos en un muchacho que sale de aquel baño, y estos signos bastan para sindicarlo como el autor del delito. Con la misma certeza, se le ocurren dos opciones: la primera, matar a este muchacho en el baño; la segunda, cortarle el brazo a la salida de la escuela.

Al poco tiempo, empieza a dibujar y a escribir poesías. También escribe en japonés, que, según dice, es como dibujar, y, además, es el idioma del diablo. Poco después, trae sus producciones artísticas a las entrevistas; Benicio tiene talento para estas actividades. En algunas figuras, al modo del animé japonés, aparecen asesinos, cuchillos, miradas persecutorias, crímenes, lápidas, cementerios, mujeres con aspecto diabólico y toda una ciudad fumando marihuana. Entre dibujo y dibujo, aparecen algunos diálogos delirantes.

Benicio dice que estudiar lo tensiona porque hay cosas que no recuerda y palabras que no entiende. Hablar también lo tensiona. En cambio, dibujar, el trabajo y hacer gimnasia, lo distraen.

En cierta ocasión, trae dos poesías e insiste en que sean leídas durante la entrevista:

Un poco de Odio

*Podría estrangularte antes de
Que la silla golpee el suelo
Y así matarte de a poco
Sin que nadie lo sepa,
(tu oposición no es nada)
Y contemplaré tu rostro,
Tus ojos lagrimosos
Veré cómo te mueres.*

Madre

*Perdón! Mil Perdón!
Mujer que los ángeles llaman madre
Por fin quité el pie del charco,
Ya no me ensuciaré más,
Con tu taladro de tela cose los agujeros de mi corazón,
Empárchalo con la piel de un toro de rodeo, del más sufrido,
Una piel que coincida con mi corazón.
No habrá ya otro tropezón-*

Benicio ensaya diferentes respuestas. Desde las entrevistas, se lo sostiene y apuntala en su producción artística. Unos días después, decide vender la moto que había comprado con su trabajo y, con ese dinero, compra un aerógrafo.

Tiempo después, se siente perseguido por la calle, “por todas las cosas malas que hice.” “Quisiera quedarme en casa como una bolita. Quiero llevar una vida solitaria para poder pensar, arrepentirme y meditar. Algo solitario: ir al campo, estudiar para sacerdote. El odio sigue estando allí, callado y calmado”.

Marihuana medicinal

Luego de un período de vacaciones escolares, Benicio y su familia se mudan de casa, nuevamente. Ahora, cuenta con una habitación propia. Sigue dibujando y trayendo sus dibujos a las entrevistas: se trata de cuerpos fragmentados, trozos de carne y hueso, algunos pedazos con harapos; o, también, figuras humanas con armaduras metálicas en sus brazos, torso y piernas, cascos alados con cuernos; caballeros fantásticos, ahora, sin aquellas miradas persecutorias y feroces.

Tiempo después, se queja de que la medicación le habría sacado la inspiración; ya no puede escribir poesía, no se le ocurren cosas y, sobre todo, los dibujos no tienen los detalles que tenían cuando fumaba marihuana. Ante esto, quiere cambiar la medicación por, como él dice: "marihuana medicinal".

Se trabaja sobre otras fuentes de inspiración, pero no se le responde a esa inquietud particular. Insiste y pide autorización a la psiquiatra para continuar fumando marihuana.

Menudo problema si consideramos que el Centro al que Benicio concurre es una institución creada para que los pacientes, en el marco de un tratamiento, dejen de consumir drogas; menudo problema también se le presenta a la psiquiatra, puesto que no puede avalar ese consumo a contrapelo del tratamiento psicofarmacológico.

Menudo problema, a su vez, para la analista: si la respuesta privilegiada que Benicio ha encontrado ha sido de la mano de la producción artística, y, ahora, es un arte sin inspiración.

Perspectivas

1. Benicio se irrita, maldice, roba, agrede y golpea, en el marco de lo que él mismo traduce como odio. Empecemos por allí, que esta cuestión nos permitirá responder a la pregunta por la función del tóxico.

Los cambios de ánimo repentinos y extraños, el pensar que lo filman, las burlas de sus primos y las veces que le robaron, no parecieran estar a un mismo nivel, pero coinciden en ser verdaderas intrusiones de un Otro. El odio del que Benicio nos habla es el correlato clínico de las dificultades serias para mantener a ese Otro a raya. La forma de esos ataques atestigua que no le resulta para nada fácil determinar a qué se deben y el porqué. Benicio queda a merced de esta irritación, y golpear es la tosca descarga que tiene más a la mano.

Que cada vez se irrite con más facilidad es una marca clara de lo pulsional. Indudablemente, se trata de que los recursos simbólicos fracasan en el dominio de tanta tensión. Es posible suponer que, entre tanta excitación indomeñable, el hecho de que la agresividad se derive en otros es lo que le permite "no estallar". Pegarle a la pared hasta no sentir la mano coincide con lo anterior: se trata de derivar esa tensión, a través de la musculatura, hacia el exterior.²

Ni siquiera los robos que protagonizó se deben a una verdadera vocación delincencial. Más bien, parecieran recortarlo, hacerlo "más individual", separarlo de aquella masa de tensión agresiva. Con el robo, Benicio puede derivar ese odio hacia otro y obtener, de este modo, un relativo alivio. Tomemos nota de que varios de estos incidentes tuvieron una intrusión previa como condición. Del mismo modo, el desprecio por las personas que maldice supone "pequeños errores" previos. Estos hechos antisociales sintonizan con las afirmaciones de Edward Glover, muchos años atrás, según las cuales este tipo de conductas consituyen un intento de defenderse de las perturbaciones mayores de las psicosis.³

En el transcurso de las entrevistas se le hace posible precisar cierta elaboración de este odio. Desde aquel "*tengo un odio adentro*" hasta las burlas de los primos como origen del mismo, asistimos a un intento de ubicar y determinar aquello que se le presentaba sin razones. En esta "verdadera teoría" del odio se pone en juego una función delirante y restitutiva al mismo tiempo; que, por lo menos, si no es posible detenerlo, ¡es mejor saber de donde viene!

A todo esto, habla muy poco y, efectivamente, ha encontrado muy pocas cosas que lo alivian. Más aún: hablar lo tensiona. Y, no podía ser de otra manera, el odio no tardó en hacerse presente en las entrevistas.

2. ¿Por qué nos lleva tanto tiempo el saludarnos a los seres humanos? *Hola, ¿qué tal?, ¿cómo le va?, bien, ¿y usted?, ¿su mujer?, ¿su marido?*, estrechando la mano o con un beso, con un abrazo o una palmada; nadie podría decir que el encuentro con alguien conocido esté exento de ciertas curiosas recurrencias.

¿Qué es lo que preguntamos cuando preguntamos "*¿cómo le va?*" a alguien? ¿Es que esperamos que efectivamente nos cuente? Todo pareciera indicar que, si un conocido se

² Sigmund Freud: "Más allá del principio del placer", en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1991, Tomo XVIII, pág. 51.

³ Edward Glover: "La relación entre la formación de perversión y el desarrollo del juicio de realidad", *The international Journal of Psycho-Analysis*, Vol. XIV, 1933. Versión castellana en Héctor López: *Las adicciones*, Editorial Lazos, La Plata, 2004.

toma al pie de la letra la pregunta y ensaya una larga respuesta, nos resultaría un tanto incómodo. Es que el "¿cómo le va?" y el "bien, ¿y usted?" no son, literalmente, ni preguntas ni respuestas. Se trata más bien de comprobar si el vínculo, el canal con el otro aún funciona. No es fácil vivir en la cultura y se nos hace necesario recurrir a tales gestos, tantas veces por día, porque el encuentro con el otro puede virar en cualquier momento hacia la hostilidad.

Atenta a la agresividad, la analista dispuso que las entrevistas con Benicio fuesen cortas. Después de unos minutos, le era posible percibir en él gestos de mucha incomodidad. Sin embargo, Benicio concurría regularmente a las entrevistas, y hasta varias veces por semana.

Es evidente que, durante el tiempo de las mismas, Benicio ensaya respuestas cada vez más sutiles para el odio aquél. Las producciones artísticas también tienen al odio como protagonista, pero nadie podría poner en duda que con mucha más mediación. ¡Que no es lo mismo pegarle a una pared que escribir una poesía!

Por otra parte, experimenta otro tipo de actividades en las que encuentra relativo alivio: el trabajo y hacer gimnasia; acciones en las cuales el cuerpo sigue teniendo protagonismo, pero de una manera que supone una mayor elaboración. Trabajar en un taller mecánico y hacer ejercicios requieren de movimientos precisos y coordinados, que pueden ser realizados en una relación con otros.

En los dibujos también se evidencia cierta elaboración. Los primeros nos muestran fragmentos de cuerpos, ojos, miradas, harapos, mientras que en los últimos se trata de dibujar vírgenes amables, cubiertas con telas bonitas y rostros tiernos. Algo de la tensión se pacifica durante el tratamiento: "el odio sigue estando allí, callado y calmado", nos dice Benicio. Esas telas unifican los fragmentos iniciales y, de tal modo, velan los pedazos de cuerpo, ahora, en imágenes más amigables.

Benicio insiste en que las poesías sean leídas durante las entrevistas, y encuentra en ello una forma en la cual ese "*poco de odio*" circule en relación a la analista. De una manera un tanto inquietante, en especial por el *Veré como te mueres* de la frase final, el odio transcurre "sublimado" en la transferencia.

3. ¿Qué de la función del tóxico, entonces? ¿De qué descansa Benicio cuando fuma? ¿Qué medica aquella marihuana medicinal?

A grandes rasgos, el tóxico le permite conservar el lazo social. El descanso del que nos habla Benicio es respecto del cansancio y la tensión devastadora que le supone el encuentro con el Otro. La "rutina del día" no es otra cosa que la irritación que lo cotidiano le supone.

La relación de Benicio con los otros está constantemente a punto de estallar. Cualquier "pequeño error" desata la furia de la irritación. Desde aquí, es necesario considerar la función medicinal de la marihuana. Porque si Benicio ha encontrado en sus producciones artísticas un punto de anclaje en el Otro, necesita -y mucho!- de su inspiración. La marihuana pareciera darle brillo y detalle al mundo cotidiano que, de otra manera, se le vuelve hostil y enigmáticamente agresivo. Si la marihuana es la fuente de su arte, entonces, es aquello que medica la relación con los otros. ¡Benicio no pudo haber dado con una definición más precisa!

Que en lugar de una moto haya preferido un aerógrafo es un gesto que podría confirmar esta lectura. El odio está más calmado, tal vez, y le es necesario la actividad artística para que esa calma continúe.

El consumo de tóxicos hasta quedar "inconsciente total" es otra cosa. Esta versión del tóxico son intentos desesperados de neutralizar aquella tensión. En muchas sobredosis encontramos un buen ejemplo del fracaso de la función del tóxico en cancelar la

excitación. Se espera del tóxico una ligadura que no termina de suceder y, de tal modo, se aumentan la cantidad y la frecuencia. Desde este punto de vista, el intento de quedar "inconsciente total" y la "marihuana medicinal" son dos modos claramente diferentes del uso del tóxico. Mientras este último intenta conservar al sujeto en la cultura, el primero se acerca más a un pasaje al acto, soltando las amarras y saltando de la escena.

El fármaco en su ambigüedad implica que no tiene una determinación precisa y puede envenenar o remediar la relación con los otros. Que el tóxico bien puede ser un recurso para que Benicio salga de aquél barril.